

Feminismo hoy

Bethsabé Huamán Andía

Un punto de reunión, el enfrentamiento de posturas y opiniones, la puesta en consideración y la interpretación de hechos, pensamientos y creencias, la búsqueda que llega a su fin, el lugar y la posición desde la que se enuncia. Quizá ninguna de estas afirmaciones dé cuenta de lo que son los encuentros feministas. Se tiende a decir, cuando la definición de un concepto no es clara y por el contrario es confusa y esquiva, que lo que ocurre es que estamos ante una pluralidad; por ello se elude la precisión de lo que es el feminismo arguyendo que hay muchos feminismos. Pero esa salida es engañosa, representa una huída del problema y sobre todo impide la posibilidad del encuentro, del diálogo, del hallazgo de lo común, del debate sobre lo que cada quien asume, entiende y concibe como feminismo.

Al hablar de feminismo no voy a hablar por las mujeres, como señala Griselda Pollock (2007); ese no es el rol que la postura feminista persigue, sino el desafío político de la construcción de un ser mujer que no se base en la naturaleza, ni en la verdad, ni en la ontología, sino en la constante formación y transformación. El feminismo, por tanto, antes que definir a la mujer busca recrearla, desconstruirla, en lo social e individual, en lo personal y en lo político. De esto se desprenden dos aspectos claves. En primer lugar, que dada su inherente capacidad de transformación, no será lo mismo decirse feminista hoy que ayer, ni mucho menos que mañana. En segundo lugar, que el feminismo se presenta como una postura radical y subversiva de un orden de cosas dado, como es la sociedad patriarcal, aquella erigida sobre la ley, la figura y el cuerpo del hombre, aquella que enzalza lo masculino como relativo a este sujeto privilegiado y que desestima lo que no se le asemeja: por antonomasia, a la mujer y lo femenino como relativo a ella.

Atendiendo a su constante transformación y radicalidad, no es tarea fácil reunir feministas, congregarse, organizar encuentros, mucho menos ponerse de acuerdo. A las dificultades que cualquier colectivo debe

enfrentar, hay que sumarle un hecho histórico y un hecho político. De la historia se desprenden los problemas, trabas y limitaciones que han impedido y siguen impidiendo a las mujeres organizarse. Desde el control social, la castración intelectual, el discurso de la sumisión, la creencia en el sacrificio personal y la aceptación de la debilidad corporal y simbólica que implica ser mujer, hasta la falta de independencia económica, la imposición de la maternidad, de la moralidad y de la culpa, las mujeres deben enfrentar siglos de ideas y aprendizajes que frenan sus fuerzas y posibilidades, una historia que apenas las reconoce, saberes olvidados, hechos nunca nombrados. De la política tienen que enfrentar la compleja situación de poner en cuestión el mundo en su conjunto, un lenguaje que responde al sujeto de su opresión, un saber que ha justificado su posición inferior, una manera de pensar, de ver, de ser, que imbrica el orden de cosas puesto en cuestión; una identidad que es el principio de su liberación y también el espacio de su dominación. Asumirse como feminista hoy es para mí aceptar esa doble posición de ser lo que se está poniendo en cuestión, la posibilidad y la imposibilidad de una ruptura. Si Arquímedes dijo "dame un punto de apoyo y moveré el mundo", nuestra paradoja se halla en mover el mundo al mismo tiempo que se coloca en entredicho el punto de apoyo.

Me referiré por tanto al feminismo como una ideología antes que como un movimiento social, ello porque creo que hoy en día el feminismo es más lo uno que lo otro. Si entendemos a grandes rasgos el movimiento social como la agrupación de individuos y organizaciones, no formal, cuya finalidad es el cambio social, lo que hace distinto este momento de otros es que hoy en día la gran mayoría de feministas han asumido una forma establecida, sea en ONG, partidos políticos, instituciones gubernamentales, universidades, o sea que, si bien son un colectivo independiente, las principales fuentes de ingreso que determinan sus acciones provienen de organismos gubernamentales, agencias de cooperación internacional, ONG, universidades.

Estas formas nos están indicando que se están siguiendo los viejos patrones de hacer política y que no se han renovado hacia otras formas de mayor impacto social y simbólico. Como señala Ximena Bustamante, el estado es el principal interlocutor de las demandas feministas así erigidas y por tanto se cree que es a través de él que se lograrán los cambios esperados. Sin duda, las leyes y las políticas públicas han sido el principal foco de atención de las acciones feministas en distintas partes del mundo, lo cual ha traído varios logros y otros tantos retrocesos. El problema es que la ley parece ser el fin

último de las acciones y no su aplicación, su práctica, su desarticulación a través de canales paralelos de acercamiento a la población, de cambios de ideas y prejuicios; ya no el cuestionamiento mismo de la concepción de poder y de estado que hoy nos gobierna. En este sentido, el feminismo ha perdido fuerza como movimiento, ha elegido la vía estatal como la más sencilla y ha dejado de pensar formas de construcción de un mundo posible, nuevo, diferente; porque al derivar en el estado toda su energía, lo ha legitimado como el artífice principal de la sociedad, como la autoridad máxima sobre nuestras vidas.

Profundizar en las razones que han derivado en ello me alejaría de lo que deseo desarrollar aquí, por lo que seguiré refiriéndome al feminismo como un modo de pensar (en singular y desde lo individual), que es además la barrera más grande a sortear cuando, habiéndose creado las leyes, quienes las aplican mantienen las concepciones de hombres y mujeres que se manejaban en la Edad Media; o cuando se quiere hacer algo por mejorar la situación de las mujeres y se crean autobuses especiales sólo para ellas. Porque cambiar la forma de pensar es una condición necesaria para llevar a cabo los ideales del feminismo de una vida sin opresión de ninguna clase.

A la vez que me referiré al feminismo como una ideología, utilizaré el singular porque creo que es necesario y vital no desestimar o ignorar las diferencias, no idealizar una falsa unidad, sino encontrar aquella apuesta común que unificará las distintas posturas y que derivará en el diálogo, hacia el interior, como hacia fuera, del feminismo.

Quizá lo más sintomático para mí del reciente XI Encuentro Feminista, haya sido precisamente la falta absoluta de diálogo, la imposibilidad de escucharse unas a otras y no sólo me refiero a la omisión tajante de una plenaria que implicara un real intercambio de opiniones, sino al hecho de que indígenas, lesbianas, afrodescendientes, académicas, trans, jóvenes, en un largo etcétera, dieran su manifiesto sin articular, sin reconocer la apuesta de las anteriores ni de las siguientes. Para quienes estuvimos de escuchas era claro que había un problema grave y estratégico, porque lo sustantivo se repetía una y otra vez, sólo cambiaban los adjetivos, los epítetos, los títulos. Creo por ello que el principal problema del feminismo hoy en día es su incapacidad para el diálogo; se ha estancado en la disputa por legitimar o deslegitimar a quienes se pueden llamar feministas o no, sin reparar en que, además de inútil, esa posición a lo único a lo que lleva es al aislamiento. Y por eso es para mí vital y político hablar de feminismo desde la unidad y no desde esa pluralidad ciega y sorda.

La consabida frase, "divide y vencerás" cobra su más aterradora certeza cuando es utilizada por una estructura social que ha trastocado las identidades no en un espacio de comunión, sino de mercado, de tráfico de mercancías. De ese modo, se ganan muchos más públicos objetivos a los cuales venderle su identidad, devolverle su independencia y particularidad, en artículos de consumo. Cuando el feminismo introdujo el cuerpo en la reflexión filosófica, en la concepción del mundo, haciendo evidente que era un cuerpo particular (masculino, occidental, blanco, de clase alta) el que estaba siendo la norma para el resto del mundo, dejó sentada la denuncia de la más medular de todas las opresiones, la de género. Pero a su vez, dejó abierta una puerta para que los cuerpos fueran utilizados por el mercado para la disputa por una identidad. Ello me parece una estrategia más del sistema, si pensamos que todo lo medianamente subversivo ha sido asimilado al ordenamiento actual: el rock, la homosexualidad, el comunismo —basta ver los conciertos millonarios, la propaganda dirigida a los yuppies gays y las playeras con la cara del Ché—. Sin embargo, sigue siendo el género la opresión más medular que existe, porque ahí donde hay una mujer y un hombre afrodescendiente, una mujer y un hombre indígena, una mujer y un hombre pobre, una mujer y un hombre homosexual, una mujer y un hombre joven o viejo, una mujer y un hombre trans, siempre será la mujer la que lleva la peor parte.

Creo que la salida se encuentra justamente en la transformación, en un sentido nómada de definición, en rescatar del pasado lo que se puede para afrontar de forma crítica el presente, con miras a la creación de una nueva forma de ser feminista.

Ser feminista para mí es estar en un camino sin retorno, no se puede ser feminista hoy y mañana no, se es feminista de una vez y para siempre. Ser feminista es como tomar la pastilla y ver la matrix,¹ es entender el

¹ Estoy aludiendo a la primera película de la trilogía *Matrix*, dirigida por los hermanos Wachowski, titulada *The Matrix*. En la película, la matrix es el sistema en el que la vida se desenvuelve un complejo programa de computadora en el cual viven una vida paralela los cuerpos humanos que en realidad son la energía para el funcionamiento de las computadoras e inteligencias artificiales de ese mundo futuro, dueñas del planeta. Sólo algunos elegidos son liberados para poder ver el mundo real, elegidos por los pocos seres humanos libres que aún existen. Para liberarlos, Morfeo (Laurence Fishburne) les presenta dos pastillas, una los liberará, la otra los mantendrá en la vida que llevan sin poder distinguir el sueño de la realidad. Elegir la pastilla roja es ver para siempre la vida como es sin posibilidad de retorno, renunciar a que un sistema controle tu vida y enfrentarte a él.

mundo de una forma diferente (no concluyente ni estática) y actuar sobre él desde esa certeza. Por tanto, ser feminista es primeramente un proceso y un hecho individual, que va a implicar la vida y la percepción propia y del mundo que nos rodea. Ser feminista tiene como fin último la liberación de la opresión de la mujer, implica la transformación del mundo para que no se siga perpetuando esa dominación. Poco a poco se llega a entender que la dominación de la mujer está relacionada con otras dominaciones e injusticias, con una sociedad deshumanizada, con el rechazo y destrucción de la naturaleza, con la discriminación a otros a quienes se considera inferiores, desechables, prescindibles, con la mistificación del cuerpo por sobre la identidad. Es entonces que se puede comprender que la lucha feminista implica muchas otras luchas e implica muchas otras transformaciones que permitan la no opresión de la mujer. Ser feminista implica el haber llegado a la conclusión de que el mundo debe cambiar de manera radical. Por tanto hay muchas maneras de llegar a ser feminista, pero también se puede estar en la creencia de que el mundo debe cambiar y no ser feminista.

Un movimiento tan influyente y tan importante como la vanguardia artística tenía como único propósito cambiar el mundo (propósito que no consiguieron), pero cambiar el mundo no implicaba modificar en nada la situación de la mujer en la sociedad. Una ideología tan importante como la socialista y la comunista tenía como objetivo cambiar el mundo, abolir la lucha de clases, pero mantenía intacta la posición subordinada de la mujer. En un caso se quiere cambiar algo del mundo, en nuestro caso no hay forma de modificar la situación de la mujer sin cambiarlo todo, incluido el mismo ser mujer, incluido la forma de ser feminista. Es por ello que el mundo ha cambiado muchas veces, que las mujeres han cambiado muchas veces, pero la opresión se ha mantenido. Sin embargo, quiero creer que los cambios dados nos han acercado un paso más hacia la posibilidad de un cambio total.

Al ser el feminismo un proceso, no es verdad que toda feminista esté en contra del clasismo, del racismo, del despotismo, de la corrupción, del interés, del ansia de poder. No, no es cierto; pueden creer que las mujeres deben ser liberadas, que no es justa la violencia, el desprecio y la falta de oportunidades que padecen las mujeres, pero pueden estar a favor de que se talen los bosques, de que se imponga la pena de muerte para los asesinos y no reparar hasta qué punto todo eso es parte de un orden de cosas que empieza en la opresión de la mujer pero que deriva en otras y muchas opre-

siones. Ninguna feminista es perfecta, ni está libre de taras ideológicas que no problematizan otros aspectos de la identidad y de la sociedad.²

Por tanto es necesario ponernos de acuerdo sobre qué entendemos por opresión de la mujer. Para algunas mujeres la opresión de las mujeres se da por la mercantilización-sexualización de su cuerpo, y por ello se oponen a la minifalda y a las relaciones prematrimoniales; mientras otras, coincidiendo en esos mismos puntos, piensan que la minifalda y las relaciones sexuales libres son una forma de liberación. No sólo hay que ponernos de acuerdo sobre los conceptos sino sobre las estrategias.

Es desalentador, pero hay que pensar que a pesar de tener todo en contra, hemos avanzado y la sociedad se ha modificado y está encaminándose hacia una real y radical transformación. Ser feminista es sentir responsabilidad por esos cambios y apostar por seguir transformando. ¿Cómo hacemos, por tanto, para encontrar las distintas posturas, vivencias, recorridos y experiencias de lo que es ser feminista? Me parece que podemos partir de tres aspectos medulares. Por un lado la autocrítica, el compromiso de transformación personal y colectiva constante. En segundo lugar el diálogo, el debate, que no esté sostenido en la convicción de que mi verdad es la única posible, sino en la búsqueda de lo común. En tercer lugar, censurar los actos pero no a las personas que los cometen; si no somos capaces de hacer esa separación, desaparecerá la confianza, la posibilidad de rectificar y el aprendizaje, y nos quedaremos en las rencillas personales incapaces de articular un discurso más allá de los nombres propios.

Otro aspecto que me gustaría resaltar, porque me voy a situar en su preciso vértice, es la relación entre teoría y práctica o, mejor dicho, entre el pensamiento y la acción. Si el feminismo es de hecho una postura radical, como lo definía Kathleen Barry (1994), es porque intenta llevar la teoría a la práctica. Ello implica que hay una teoría, es decir, una reflexión de la práctica y la acción en sí misma. La disputa entre estos dos ámbitos es también negativa para el feminismo. La lucha del feminismo es antes que nada una disputa simbólica, de la representación, del lenguaje, del ordenamiento referencial, es la posibilidad de que veamos más allá de lo que está delante, para identificar el sexismo, la violencia, la discriminación que nos rodea por ser mujeres. Implica por tanto la posibilidad de desacralizar el pensamiento

² Esta necesidad de ir en contra de los mitos feministas de la mujer perfecta ya fue dicha y debatida por las feministas. Cf. Vargas 2008.

insensible a la posición de la mujer y al mismo tiempo un proceso de reflexión sobre los logros en hechos, en acciones, para ir aprendiendo de los pasos dados. Como señala Marta Lamas (2006: 122), "la teoría no es un lujo, es una necesidad vital". El reto consiste en que las que actúan sean las que reflexionen, tanto como las que reflexionan también actúen, para que haya un real puente entre ambas esferas. Pero si esto no es posible, y no siempre lo es, que al menos se abran espacios de confluencia para ello.

Los encuentros feministas deberían por tanto atender a estas necesidades del feminismo de hoy, acercar distancias entre países, entre formas de ejercer el feminismo, entre las muchas revoluciones que están incluidas en la apuesta feminista, la crítica, la autocrítica y la superación de lo personal por lo político ●

Bibliografía

- Barry, Kathleen, 1994, "Teoría del feminismo radical: Política de la explotación sexual", trad. Ramón del Castillo, en Celia Amorós (coord.), *Historia de la teoría feminista*, Comunidad de Madrid/Universidad Complutense de Madrid, Madrid, pp. 295-309.
- Bedregal, Ximena, Andrea Franulic, Edda Gaviola, Margarita Pisano y Rosa Rojas, 2009, *Feministas cómplices. 16 años después*, en <http://www.mamametal.com>
- Jaramillo, Luz, 1981, "Anotaciones sobre la doble militancia: feminismo y partidos". Ponencia presentada en el *I Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe*, Bogotá.
- Lamas, Marta, 2006, *Feminismo. Transmisiones y retransmisiones*, Taurus, México, DF.
- Mahmood, Saba, 2004, *Politics of Piety*, Princeton University Press, Princeton.
- Pollock, Griselda, 2007, "La heroína y la creación de un canon feminista. Las representaciones de Artemisia Gentileschi de Susana y Judith", en Karen Cordero Reiman e Inda Sáenz (comps.), *Crítica feminista en la teoría e historia del arte*, Universidad Iberoamericana/PUEG-UNAM, México, DF, pp.161-195.
- Vargas, Virginia, 2008, *Feminismos en el Perú. Su aporte a la política y a la democracia*, Programa Democracia y Transformación Global-Flora Tristán/Facultad de Ciencias Sociales-UNMSM, Lima.